

José María MONSALVO ANTÓN, *Edad Media y medievalismo*, Madrid, Editorial Síntesis, 2020 (Temas de Historia Medieval, 16), 373 págs. ISBN: 978-84-1357-044-0.

Quienes nos dedicamos a la investigación no solo hemos de conocer bien nuestro objeto de estudio –como medievalistas pensemos en uno un tanto genérico como es la “Edad Media” y todo lo que se comprende dentro de esta larga etapa histórica, fijada convencionalmente entre los siglos V-XV, más o menos–, sino que también debemos reflexionar sobre la propia “disciplina” que practicamos –en este caso el medievalismo, entendido, desde mi punto de vista, con la amplitud de miras que nos llevaría a considerar como tal cualquier estudio sobre la Edad Media abordado con rigor–: sus fuentes, métodos, temas, logros, problemas... De hecho, esta última actividad se convierte en una necesidad imperiosa si queremos ser realmente conscientes de los avances conseguidos, de las líneas temáticas y metodológicas que gozan de mayor vitalidad en cada momento frente a las que se encuentran agotadas, superadas o defenestradas, sin olvidar los interrogantes que permanecen y que han de ser resueltos mediante un deseable reforzamiento de la investigación en los ámbitos en los que se detectan esos vacíos. Todo ello ayuda a (re)pensar la disciplina para tratar de avanzar en su desarrollo, consolidación y vitalidad. En este sentido, el medievalista–historiador (más tarde me referiré al porqué de esta “etiqueta”) José María Monsalvo Antón acaba de publicar una obra en la que nos ofrece una serie de reflexiones de gran interés sobre todas estas cuestiones: desde la Edad Media como concepto, como etapa histórica y como imaginario construido y cambiando en los tiempos post-medievales, hasta las fuentes disponibles para su estudio, sin olvidar, por supuesto, la práctica del

medievalismo–historiográfico profesional, al que se presta especial atención, interesándose por sus cambios diacrónicos desde su cristalización y profesionalización a lo largo del siglo XIX y a comienzos del siglo XX hasta las más recientes aportaciones de una historiografía sobre la Edad Media en continuo cambio y desarrollo, y que en la última década sigue gozando de gran vitalidad.

Estos aspectos que se acaban de referir conforman las tres partes en las que se estructura esta obra: “La Edad Media. Imagen y realidad” (págs. 17-88), “Las fuentes medievales en su contexto histórico” (págs. 89-170) y “El medievalismo profesional, del siglo XX a nuestros días” (págs. 171-323). Antecede al estudio propiamente dicho una introducción (págs. 9-15), también tripartita, en la que se aclara el propósito del libro, se reflexiona sobre la historia y su relación con algunas disciplinas consideradas como “auxiliares” de la misma y que le “aportan transversalidad”, para finalmente ofrecer una aproximación al concepto geográfico y temporal de la Edad Media. A continuación, la primera parte se adentra en el “mito” de la Edad Media, abordando las diferentes imágenes que han cristalizado en torno a la misma desde su invención en el marco del Humanismo hasta un siglo XXI en el que la literatura, el cine, la televisión o los videojuegos han contribuido enormemente a conformar una amplia gama de imágenes diversas –a veces fuertemente contradictorias– sobre la Edad Media y lo medieval. Dentro de esta primera parte, el segundo capítulo ofrece una “reivindicación de la Edad Media desde el presente” apostan-

do por una desmitificación que pasa por concienciar al lector de la existencia de luces y sombras en este periodo histórico como en cualquier otro. De hecho, el autor procede a indicar siete razones generales por las que deberíamos apreciar el periodo medieval. En este sentido se destaca desde su contribución a la conservación del legado clásico, a la modernización de las estructuras familiares o al enriquecimiento del panorama lingüístico y cultural europeo, hasta su importancia en la humanización del paisaje, el dinamismo económico, la construcción de identidades territoriales o su legado artístico y patrimonial. Son aportes que, al mismo tiempo, permiten derribar mitos negativos sobre la Edad Media.

La segunda parte del libro contribuye a divulgar de dónde extraen los medievalistas sus informaciones. Las fuentes, sobre todo escritas –aunque también se hace cierto hincapié en las arqueológicas y en algunas otras–, cobran protagonismo en la obra y su organización da lugar a un cuadro con una propuesta de “Tipología de las fuentes primarias para el estudio de la Edad Media” (págs. 98-104). Aunque este cuadro pueda resultar útil para ver la diversidad de las mismas, hace bien el autor en señalar que ha de verse con “precaución, flexibilidad o condescendencia” (pág. 98), pues en él se mezclan criterios de clasificación y convendría una cierta reorganización del mismo. También se dedica un epígrafe a la “documentación y grandes repertorios de fuentes escritas” en el que señala, acertadamente, que la actividad de transcripción y publicación de fuentes “se ha ralentizado” en los últimos años. Una certeza que habría que explicar por factores tan diversos como una menor formación paleográfica entre los estudiantes de historia o la falta de valoración por parte de los comités y agencias de evalua-

ción. Sí habría que matizar e incluso rechazar algunas afirmaciones como la que se indica en este mismo epígrafe según la cual “en la península ibérica toda la documentación de escritura visigótica –hasta el siglo XII– lo está [se refiere a editada] hace tiempo y no queda mucho por hacer en lo referente al resto de la documentación latina” (pág. 107). Ello no es así, al menos en el caso gallego. El cuarto capítulo ofrece un muy interesante estudio sobre los “marcos histórico-culturales de los sistemas de fuentes” (págs. 109-170). No obstante, la organización de los distintos epígrafes resulta un tanto particular y tal vez habría sido de interés valorar otras opciones como la de analizar los distintos grupos de fuentes a lo largo de todo el periodo medieval en lugar de duplicar epígrafes atendiendo a su cronología en algunos casos, mientras en otros, como sucede con las “colecciones documentales”, si se abordan en conjunto desde una perspectiva diacrónica que arranca desde el siglo VIII hasta el siglo XV. En todo caso, la cronística, el registro arqueológico, la literatura, la documentación de aplicación del derecho, las fuentes iconográficas o los sistemas legales son presentados de forma general –a veces en exceso–, pero siempre dentro de sus contextos culturales de producción, lo que contribuye a dar una imagen acertada de este conjunto de fuentes.

Finalmente, la tercera y última parte del libro, dedicada al estudio diacrónico del medievalismo-historiográfico profesional, se organiza en tres capítulos, en los que se van desgranando las grandes tendencias que han marcado el quehacer de los historiadores. En el primero se abordan los estudios medievales desde principios del siglo XX a la Segunda Guerra Mundial (págs. 173-189). Es un momento de cristalización y primera profesionalización de la historiografía centrada en la Edad Me-

dia. También se destaca el surgimiento de *Annales*, escuela que marcó la historiografía de todo el siglo pasado. En la segunda etapa se avanza hasta los años 80 (págs. 191-250), configurando un panorama en el que, junto a esa escuela de los *Annales* y su “nueva historia” o la influencia del marxismo, se apuntan las principales líneas temáticas abordadas en estos años, desde el auge de la historia rural, hasta la historia cultural y la aparición de la microhistoria. Finalmente, el tercer periodo analizado hace referencia a las últimas décadas del siglo XX y a los comienzos del siglo actual (págs. 251-323), caracterizándolo como un momento de crisis de los grandes paradigmas, de impulso de la “nueva historia cultural” y de fragmentación y heterogeneidad máxima de un medievalismo policéntrico y politemático. De hecho, se evoca la “historia en migajas”, aunque también se valoran positivamente los diversos aportes que se están produciendo en este nuevo marco historiográfico. En definitiva, se ofrece un panorama breve pero completo de enfoques, maestros y líneas temáticas que triunfaron y fueron cambiando dentro de la historiografía –mayormente europea– centrada en la Edad Media. Además, en cada uno de estos capítulos se destinan epígrafes específicos al “medievalismo-histórico español”, ofreciendo una caracterización general del mismo desde sus primeros referentes hasta las últimas temáticas y perspectivas. Estas últimas las sintetiza el autor en torno a un conjunto de grandes parcelas: arqueología; historia agraria y del campesinado; nobleza, señorías y conflictos rurales; minorías; economías, sociedades y poderes urbanos, comercio y oficios; Estado, élites políticas y poder regio; y, finalmente, mentalidades y nueva historia cultural (pág. 308 y ss.). Se añade al final una breve referencia general a los “estudios de género” –aunque

realmente parece referirse más a una historia de las mujeres en la que conviene recordar que existen otras perspectivas más allá de la propia “historia de género”–, los cuales, de todos modos, no tiene una gran presencia en la obra, evidenciando posiblemente las dificultades que sigue teniendo la historia de las mujeres para calar en los discursos historiográficos y, sus resultados, en las síntesis generales.

El epílogo presenta algunos “desafíos científicos y cambios en la práctica del oficio”, en los que se mezcla el realismo, la crítica y los deseos de mejora dentro del “medievalismo historiográfico” (págs. 325-335). Se ofrecen reflexiones sumamente pertinentes a la hora de plantear problemas como los surgidos ante las ventajas y distorsiones derivadas de la creciente influencia de Internet y de las nuevas tecnologías, la falta de lecturas y de un pensamiento y reflexión críticos y pausados, o la inestabilidad profesional que puede operar de forma sumamente negativa en la práctica del medievalismo, al igual que lo hace una enseñanza sin maestros que tengan la preocupación por llevar a la práctica una docencia de calidad, actualizada y nutrida de conocimientos no solo específicos sino también generales.

Finalmente, el libro se completa con una selección de nueve textos de gran interés para la reflexión sobre la disciplina y su evolución, que son acompañados, además, por un breve comentario del autor (págs. 337-359). Sin duda, son materiales –varios de ellos auténticos clásicos de nuestra historiografía– que animan a que el propio lector piense sobre ellos y sobre la historiografía centrada en el estudio de la Edad Media. Asimismo, se ofrece una selección de “Recursos sobre la Edad Media” (págs. 361-367), entre los que se incluyen glosarios, repertorios de fuentes

y revistas. Se cierra la obra con una bibliografía seleccionada (págs. 369-373) que el lector interesado podrá completar con la disponible en la página web de la editorial.

Es cierto –y ya se advierte de ello en la obra (págs. 175-176)– que para trazar el panorama historiográfico de la “Parte III” se tienen más en cuenta los libros que la sumamente amplia variedad de artículos que se han publicado y siguen publicándose casi a diario sobre la Edad Media. Aunque parece oportuno apostar por este enfoque, debido al mayor impacto que han tenido determinadas monografías –sean individuales o colectivas– al menos hasta tiempos recientes, lo cierto es que esta realidad resulta a estas alturas algo paradójica en el marco de un sistema como el actual en el que se llega a primar la publicación de artículos en revistas de impacto frente a las monografías necesitadas de años de reflexión e investigación, especialmente si estas últimas no se publican en las editoriales más valoradas. Estos desajustes –sobre los que cabría pensar y tomar decisiones– también se aprecian, de algún modo, en el apartado sobre los desafíos científicos, ya que, si bien se exponen y se valoran algunos de los planteamientos ofrecidos por Alain Guerreau como deseos casi imposibles de materializar más allá de la teoría, entre los cambios a los que nos anima el autor en la práctica del oficio hay algunos que difícilmente encajan en el seno del sistema académico-investigador que se ha venido consolidando desde hace unas décadas y que, sin duda, condiciona –cuando no determina– a las nuevas generaciones, las cuales, por supuesto, no suelen tener la capacidad para cambiarlos sino que les son impuestos por quienes incluso no los han “sufrido” en sus propias vidas académicas. En todo caso, parece deseable que las reflexiones ofrecidas por el autor entren a formar parte no solo de

las preocupaciones y retos a afrontar por parte de los que practicamos el medievalismo, sino también de aquellos que lo condicionan desde los cargos de gestión.

El libro forma parte de la colección “Temas de Historia Medieval”, coordinada por el propio José María Monsalvo y promovida por la Editorial Síntesis. En la misma se publican monografías en las que diversos especialistas sintetizan aspectos variados sobre la Edad Media que abarcan desde los conflictos sociales hasta los oficios o el pontificado, pasando por la nobleza y la caballería, la hagiografía o la guerra contra el islam. Si bien en ellas se ponen de manifiesto los avances y resultados conseguidos por la investigación en cada una de las temáticas que abordan, el presente libro tiene la particularidad de convertir a la Edad Media y al “medievalismo historiográfico”, es decir, a la propia disciplina, en los verdaderos protagonistas de la obra. Es, en este sentido, una obra diferente, pero, al mismo tiempo, transversal a todas las demás y, de hecho, casi un punto de partida para quienes se adentren en la historia medieval y quienes quieran conocer cómo se (re)construye y se practica una parte del medievalismo. Insisto precisamente en caracterizar el medievalismo estudiado por el autor como “historiográfico” ya que, realmente, no se aborda el medievalismo de forma global o totalizadora sino practicando un sesgo sobre el que conviene reflexionar. Aunque se reconoce desde el primer momento que la obra se centra en estudiar el trabajo de los medievalistas-historiadores (pág. 10) –no puede reprocharse, por tanto, la ausencia de lo no contemplado ya desde el principio–, e incluso se remite a otras obras de síntesis en las que se aborda el “medievalismo” de otros ámbitos como el filológico

co¹, lo cierto es que, hasta cierto punto, se puede considerar una oportunidad perdida el hecho de no abarcar las líneas fuerza del “medievalismo” en su conjunto —especialmente cuando muchas veces el libro no puede dejar de reconocer el impacto que diversos filólogos o historiadores del derecho han tenido en la propia producción del “medievalismo practicado por los historiadores” y en el estudio de la Edad Media en general². A la par que se critica y se pone sobre la mesa el problema de la hiperespecialización de los medievalistas-historiadores, sobre todo en un contexto como el actual en el que, por otra parte, se insiste —incluso excesivamente— en la necesidad de incorporar la perspectiva interdisciplinar a la investigación, tal vez debería haberse planteado en mayor medida la pertinencia de considerar el término “medievalismo” como un lugar de encuentro para el conjunto de investigadores sobre la Edad Media, más allá de la existencia de métodos y formaciones específicas —y a veces notablemente diferenciadas—, derivadas de la llegada a la práctica del me-

dievalismo desde ámbitos tan diferentes como la historia, la filología, la historia del arte, la filosofía, el derecho o la arqueología. Por ello, tal vez sea excesivo, pretencioso o carente de matices —como sucede en otras obras— hablar de medievalismo en el propio título, si en la obra no se tienen en cuenta investigadores e investigaciones que, siendo de naturaleza diversa —como lo son las que se hacen dentro de la historiografía “generalista” dedicada al análisis de las fuentes documentales—, contribuyen igualmente y de forma notable a explicar y entender diferentes aspectos de la sociedad medieval. El medievalismo historiográfico o de los historiadores es el único que se detalla, aunque no se niegan los otros. De hecho, se reconoce que dentro de la propia historiografía centrada en la Edad Media casi resulta más pertinente hablar de “medievalismos” que de “medievalismo” (pág. 326) y, sin embargo, muchos colegas medievalistas —aunque no historiadores— no se verán reflejados en esta obra. ¿Se justifica esta realidad por la aparición del libro en la colección en la que está y, por tanto, por el posible perfil mayoritario de sus lectores (historiadores fundamentalmente)? Sea como fuere, está claro que ámbitos como el de la historia (y la historiografía) de la cultura medieval solo podrán perfilarse en todas sus dimensiones con la colaboración de historiadores, filólogos o historiadores del arte. Además, las metodologías utilizadas por unos y otros muchas veces son comunes. Ejemplo expresivo de esta realidad lo tenemos dentro del ámbito gallego en los trabajos de filólogos como José António Souto Cabo, quien, a partir de un riguroso estudio de las fuentes plenomedievales gallegas y del recurso a la prosopografía, ha contribuido a explicar no solo el nacimiento y la consolidación de la cultura trovadoresca gallego-portuguesa —una de las manifes-

¹ Ángel GÓMEZ MORENO, *Breve historia del medievalismo panhispánico (Primera tentativa)*, con apéndice bibliográfico de Álvaro Bustos Táuler, Madrid; Frankfurt am Main, Iberoamericana; Veruert, 2011 (*Medievalia Hispanica*, 15).

² Resulta llamativa —o desafortunada— alguna que otra referencia en la que la redacción de la obra parece diferenciar entre los “medievalistas profesionales” —que ha de entenderse como una alusión a los “historiadores medievalistas”— y los filólogos (pág. 321). En este mismo sentido, se define la tercera parte como “un recorrido por el medievalismo «profesional» del último siglo, o poco más, es decir, las contribuciones intelectuales dedicadas al estudio científico de ese período histórico: sus corrientes, autores o escuelas”, cuando solamente se presta atención, como se indica en la misma página, a “la historia tal como se investiga y explica en las facultades, departamentos o centros de investigación de Historia” (pág. 10).

taciones culturales más destacadas de la Península Ibérica, aunque en esta monografía apenas se hace una breve referencia a ella e incluso parece restringirse el fenómeno trovadoresco propiamente dicho solo al ámbito catalán (pág. 158)– sino también la estrecha relación de autoría y mecenazgo existente entre la nobleza y las cantigas gallego-portuguesas³. Por otra parte, si, como en la obra, se otorga primacía a los historiadores de los documentos y, de hecho, son las fuentes escritas las que se detallan y clasifican con mayor precisión frente a unas referencias mucho más generales, y a veces rodeadas de cierto o mayor escepticismo, como son aquellas en las que aluden a las fuentes arqueológicas o iconográficas (*vid.* Parte II)⁴, también es necesario reconocer que un buen número de textos medievales y fuentes documentales del periodo no solo ha sido recuperado por los filólogos sino que estos también han profundizado en su estudio y contribuido a su explicación dentro del contexto social y cultural de la época, algo esencial si tenemos en cuenta, como se destaca en

la obra, la influencia del *giro lingüístico* y de los análisis del discurso en la historiografía más reciente. Por tanto, dentro de las diferencias derivadas de nuestra formación, los investigadores de diferentes disciplinas –y he señalado el ámbito filológico por ser simplemente aquel que más conozco desde una perspectiva interdisciplinar– podemos compartir fuentes, métodos o temáticas, formando parte todos nosotros de un medievalismo que nos iguala dentro de la diferencia. Otra cuestión es que debemos ser conscientes de que, al menos por el momento, las fronteras entre disciplinas existen y, por tanto, aun siendo todos medievalistas, no por ello debemos dejar de reconocer nuestras particularidades. Sirvan estas de enriquecimiento y no de frontera limitadora.

Lo que parece evidente es que este libro, con el inmenso trabajo de síntesis que tiene en su haber –síntesis bien madurada y sumamente oportuna en términos generales–, está llamado a convertirse en una referencia bibliográfica de gran utilidad para todos aquellos que quieran acercarse a la Edad Media más allá de los tópicos –para lo cual resultan de notable interés las consideraciones ofrecidas en la primera parte–, pero también –y muy especialmente– para el binomio conformado por el alumnado y el profesorado universitarios, quienes gracias a este libro –y sobre todo a su segunda parte y a la tercera– cuentan con un acertado y actualizado panorama global en el que se recogen las principales fuentes que permiten estudiar el periodo medieval y la evolución de la historiografía sobre la Edad Media, sobre todo a lo largo del último siglo. Además, la selección de textos y la relación de recursos que se ofrecen tienen gran potencial como elementos de reflexión y trabajo en la enseñanza del medievalismo. De hecho, todos estos conocimientos resultan im-

³ José António SOUTO CABO, *Os cavaleiros que fizeram as cantigas. Aproximação às origens socioculturais da lírica galego-portuguesa*, Niterói, Editora da Universidade Federal Fluminense, 2012 (Coleção Estante Medieval, 8), o, del mismo autor, “*De illis de Mirapixe: Monio Fernandi. O trovador Múnio Fernandes de Mirapeixe e a sua parentela*”, *Madrygal. Revista de Estudos Gallegos*, 23 (2020), págs. 335-373.

⁴ De hecho, se llega a plantear que “algunos arqueólogos contribuyen consciente o inconscientemente a distorsionar la interpretación de los procesos históricos, al sobrevalorar lo que se infiere de la llamada cultura material, olvidando que esta recoge tan solo un pequeño fragmento del pasado, y no pocas veces aleatorio”, como si el historiador de las fuentes escritas no tuviese que hacer frente a problemas similares de parcialidad, distorsión y sobrevaloración del propio ámbito de estudio –muchas veces reducido– que analiza en sus investigaciones.

prescindibles para cualquier historiador y más para el conjunto de investigadores medievalistas que inicien su andadura por la investigación. Por otra parte, y como ya se ha indicado, parece oportuno que todos los implicados en la gestión académica, en la puesta en marcha de convocatorias o en la valoración de méritos también lean y reflexionen sobre algunas de las consideraciones ofrecidas en el epílogo, pues no siempre “se prefiere viajar a leer, publicar a investigar, escribir a reflexionar” (pág. 329) pero el sistema sí parece obligarnos a ello. Al mismo tiempo, la lectura de un libro como este podría ser de utilidad para que la sociedad en general tome consciencia no solo de la complejidad de un periodo histórico como el medieval –que es necesario caracterizar y divulgar socialmente más allá de procesos de idealización o condena del mismo–, sino también de cómo se avanza en la construcción del conocimiento histórico en general, cómo evoluciona la investigación histórica y cómo el medievalismo ha ofrecido y sigue

ofreciendo nuevo conocimiento, más allá de lo que a veces se deja ver en muchas obras de síntesis o libros de divulgación, pues estos no siempre están todo lo actualizados que deberían en relación a los avances que va ofreciendo el medievalismo. Parece deseable y oportuno, por tanto, que este libro trascienda el ámbito universitario y de especialistas. Sin duda, a ello contribuirá la facilidad con la que se lee el trabajo. De hecho, no se cae en una larga y pesada retahíla de nombres o títulos, sino que se reflexiona sobre los grandes hitos historiográficos y se prima la explicación y la exposición ordenada frente al mero compendio informativo de corte erudito que podría derivar en una simple recopilación bibliográfica. Estamos, pues, ante una obra de carácter sintetizador y divulgativo, de gran utilidad para diferentes tipos de lectores, interesados, eso sí, por la Edad Media y por el desarrollo de la investigación sobre la misma. Una obra que se agradece y que nos invita a pensar.

Miguel García-Fernández

Instituto de Estudios Gallegos Padre Sarmiento

CSIC-Xunta de Galicia